

Ricardo Molina: una ocasión perdida

Guillermo Carnero

EL POETA Y CRÍTICO GUILLERMO CARNERO, GRAN CONOCEDOR DEL GRUPO CÁNTICO, REVISAR CON RIGOR LA EDICIÓN DE LA OBRA DE RICARDO MOLINA.

Una sorpresa superficial y una pregunta de fondo

Decía yo en mi libro de hace treinta años sobre *Cántico* que Ricardo Molina era entonces el único poeta del grupo cuya obra estaba terminada, por desgraciado efecto de una muerte prematura. Seguía afirmando que una parte considerable de lo que escribió no había salido aún a la luz. En estos últimos treinta años la obra publicada de Ricardo Molina ha ido creciendo progresivamente, hasta esta edición de editorial Visor, tras la que, al parecer, no queda gaveta que rebañar. Aparece a cargo de José M^a de la Torre y Diego Martínez Torrón. El primero de ellos se doctoró en 1989, supongo que bajo la dirección del segundo, con un estudio sobre Molina que, publicado ocho años después por la Diputación de Córdoba, no he tenido el privilegio de conocer.

Quizá en esa tesis se publiquen las partidas de nacimiento y defunción de Ricardo Molina, y vengan así avaladas las fechas que para ambos hechos se dan en contracubierta de estos dos volúmenes: respectivamente 1916 y 1969. Esas fechas contradicen toda una tradición que hasta ahora no se había puesto en duda: que Ricardo nació en 1917 y murió en 1968. De acuerdo con esos datos, acaso equivocados, en marzo de este año de 2007 se ha celebrado en Córdoba un congreso para recordar que quizá tuviera

lugar hace noventa años el nacimiento de Ricardo Molina. Se conmemoraban en él, al mismo tiempo, los cincuenta años de la publicación de *Elegía de Medina Azahara*; los también cincuenta de *Junio* de Pablo García Baena y de *Los días terrestres* de Vicente Núñez, y los sesenta de la fundación de la revista *Cántico*. En la literatura de ese congreso se dice también que Ricardo nació en 1917 y murió en 1968, tanto como en la edición granadina de 1982, en la antología publicada en Puente Genil en 1980, en la edición de 1975 de *Dos libros inéditos*, en la de 2001 de *Corimbo* y *Elegía de Medina Azahara*, en la antología de Mariano Roldán (1976). En la primera edición de *Elegía de Medina Azahara*, Ricardo se declaraba nacido en 1917. En ningún lugar de esta reciente edición se justifica lo que, en el punto que señalo, se aparta de una tradición unánime, iniciada en vida del propio autor.

Lo indicado puede ser cierto o no. En el segundo caso, si no se trata de un simple *lapsus*, es un indicio llamativo de lo que a continuación quiero señalar. Estamos ante lo que los responsables de estos dos volúmenes presentan como una edición que revisa y mejora errores y omisiones de las precedentes. No lo pongo en ningún momento en duda, pero sí creo que ese propósito de enmienda y canonicidad debería haberse justificado en todas las ocasiones en que se corrijan supuestos errores relativos, sobre todo, al establecimiento y fijación de textos. Al presentar lo que es mi primera y principal objeción, quisiera dejarla claramente definida: no afirmo ni niego en ningún momento que los editores hayan cometido error alguno; pero sí, y con la más absoluta firmeza, afirmo que a esta edición le falta un ineludible sistema de anotación de variantes y justificación de opciones textuales. Muy distinto es que pudiéramos esperar tal cosa de una editorial que siempre ha evitado –desde criterios que no discuto– lo que en el mundo universitario se llama «aparato crítico». Quede, pues, en el aire la duda de si era o no la editorial Visor –tan admirable, por descontado, en su bien probada vocación de difundir la poesía contemporánea en nuestra lengua– el marco adecuado para una edición que se basa en novedades ecdóticas cuya fundamentación –e incluso cuya mera enumeración o descripción– brillan por su ausencia.

La poética de *Cántico* y de Ricardo Molina

La definición de la relevancia de Ricardo Molina se puede afrontar desde más de una perspectiva, y creo que como paso previo a la consideración de su obra poética debe tenerse en cuenta su formulación de la poética del grupo *Cántico*. Del repaso de la revista parece deducirse que Ricardo tenía una vocación teórica más decidida que sus compañeros y probablemente delegada por ellos, y junto a ella la conciencia de tener una misión, que debía ser anunciada y enunciada con la voluntad de justificar la preferencia por las escondidas y entonces poco frecuentadas sendas por las que los poetas de *Cántico* anduvieron, en términos generales y unos más que otros.

La primera época de *Cántico* se extiende de 1947 a 1949. En 1947 Ricardo Molina y Pablo García Baena se presentaron al Premio Adonais con libros titulados, respectivamente, *La estrella de ajenjo* y *Junio* (este último no idéntico a la colección que con ese título se publicó en 1957). El premio fue atribuido a José Hierro por *Alegría*, como es sabido. Sin duda Pablo y Ricardo entendieron aquella anécdota como un fracaso personal, pero ante todo hubo de ser para ellos el síntoma de que estaba establecido en el mundo literario español un sistema de valores contra el que era perentorio alzarse por razones de más alcance que el amor propio o el sentido individual de la justicia. El fracaso de 1947 impulsó así el proyecto de crear una revista propia como órgano de expresión, y en octubre del mismo año salió a la luz *Cántico*.

En las páginas finales de sus entregas se encuentran breves textos en prosa, que pueden ser considerados declaraciones programáticas sobre la estética, la poética y las preferencias de sus fundadores. La mayoría van firmados por Ricardo Molina, y muchos de ellos parecen la transcripción de las anotaciones de un diario. Hay que tenerlos en cuenta al reconocer en Ricardo la conciencia teórica y programática del grupo. Sin que eso me parezca demérito en esta edición, quisiera sugerir al próximo editor de la obra de Ricardo que añada en apéndice ese conjunto de prosas críticas y teóricas, cuyo interés supera en mucho a su extensión.

En la página final del primer número aparece el primer conjunto de esas reflexiones, de las que cito sólo las tres primeras:

«Gerardo Diego y el soneto», «Decadencia de la imagen», y «Alegoría de José Hierro».

La primera reconoce la maestría de sonetista de Gerardo, y el elogio demuestra que Ricardo Molina nada tenía contra la recreación de las formas poéticas del Siglo de Oro, aunque prefiriera en su propia práctica el verso libre y blanco; y que si en algún caso, como veremos, salieron de su pluma alusiones peyorativas hacia el grupo de *Garcilaso*, estaban dirigidas tan sólo contra lo que consideraba una reproducción superficial y carente de espíritu de aquellas formas. Confirma ese punto de vista el último de los textos citados, un brevísimo elogio de Jorge Guillén, poeta en quien es esencial el estrofismo tradicional.

La segunda aboga por el cultivo de la imagen y la metáfora, esenciales al poema y nunca un adorno superfluo, tal como demuestra la gran tradición inmediata formada por Juan Ramón, el 27 y Gabriel Miró. Un brillante pasado que contrasta brutalmente con una actualidad, escribe Molina, marcada por la retórica temática y formal, diagnóstico tras el que adivinamos la referencia a «Juventud Creadora».

La tercera es una reseña del libro de Hierro, a la que hemos de prestar especial atención por lo que para Ricardo Molina tuvo *Alegoría* de antipoética. Dice Ricardo Molina:

¿Cómo es posible que Hierro haya caído en el tópico romántico de considerar al dolor camino de la alegría? ¿No se han dicho ya bastantes paradojas sobre el tema? El verdadero camino está presentido en el libro de Hierro, y es comprenderlo todo, ir a todo, ser materia de todo. Alegría de *Les Nourritures*, alegría de las *Briznas de Hierba*, alegría terrestre, submersión protéica en el seno de la naturaleza.

El texto resulta demasiado escueto y sibilino. Diríase que Hierro le parecía a Ricardo Molina alejado de un humanismo integral que se asigna a André Gide y Walt Whitman, y deudor de las limitaciones que lastraron la primera posguerra. En ello hay mucha verdad y un toque de injusticia.

Los conflictos de la experiencia personal y la conciencia histórica producen, en la poesía española de los años cuarenta, una corriente de crisis y angustia existencial cuya expresión literaria resulta en ocasiones demasiado crispada y extrema, y nos parece